

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

<p>PRECIOS DE SUSCRICION Barcelona: un trimestre adelantado. 4 ptas. Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas. Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.</p>	<p>LA REDACCION Y ADMINISTRACION: Triunfo, 4.—bajos. Se publica los Jueves</p>	<p>PUNTOS DE SUSCRICION. En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.^o Madrid: Barquillo, 5, pral., int. -Alicante: S. Francisco, 28, duq. -Barcelona: Trafalgar, 55.—bajos.</p>
---	---	--

SUMARIO.

Brilla la luz —Discurso de la Srta. D.^a Dolores Aymerich —Discurso de la niña Josefa Sal-lari.—Las religiones sucumben y la religion se levanta para absorverlas todas.—A nuestro Maestro Allan Kardec.—La Verdad.

BRILLA LA LUZ.

Es indudable que el Espiritismo se abre paso y el pueblo le saluda alborozado porque de él espera su redencion. Muchas son las cartas que hemos recibido, dándonos cuenta nuestros hermanos de las veladas conmemorativas celebradas el 31 de marzo último, y en la imposibilidad de publicar todo cuanto nos remiten, y queriendo al mismo tiempo, demostrar con hechos la verdad de lo que decimos, insertamos á continuacion dos discursos que se pronunciaron en Tarrasa, donde existe un centro de verdaderos cristianos, y otros dos escritos que se leyeron en el centro espiritista de Alcoy; no los publicamos porque sean unos trabajos notables, los insertamos porque LA LUZ DEL PORVENIR se complace en dar á conocer el gran movimiento que se está operando en todas las inteligencias, y de ningun modo se manifiesta mejor que presentando las pruebas de esas primeras elucubraciones del espiritu.

Quando leemos un discurso de un sábio académico, no le encontramos ningun mérito extraordinario, porque es muy natural que el hombre instruido se exprese bien, pero cuando leemos el escrito de un pobre obrero, que consume su vida en un taller, y que si sabe leer y mal escribir, es porque le roba horas al sueño, y acude á las escuelas nocturnas cansado de trabajar todo el dia, las sencillas manifestaciones de aquel espiritu ávido de progreso, nos encantan, nos entusiasman, nos deleitan; y en lo poco que podemos, alentamos á esas almas sedientas de luz para que no abandonen la senda emprendida, y ponemos á su disposicion las columnas de nuestra humilde Revista, como lo hacemos hoy.

LA REDACCION.

DISCURSO pronunciado por la Srta. DOLORES AYMERICH,
 en la velada celebrada en el Centro espiritista de Tarrasa por
 el XIV aniversario de Allan Kardec.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Si no confiara con vuestra indulgencia, no me atrevería á tomar la palabra en esta velada, en la cual tributamos un recuerdo al filósofo mas grande del siglo XIX, al que vino en este planeta llamado Tierra, á mostrarnos la doctrina de nuestra redencion. Y como es necesario contribuir en lo posible á la regeneracion de la humanidad, yo, que siento en mi vehementes deseos de que el progreso moral se realice á pasos agigantados, me atrevo á tomar la palabra, aun cuando sea cansando vuestra atencion; pues no poseo dotes oratorias, ni reuno las condiciones necesarias para engalanar mi discurso con frases poéticas que puedan cautivar vuestra inteligencia.

Pero comprenderán Vdes. y se harán cargo, que una mujer, en los primeros albores de la juventud, aun que sienta en su alma el fuego de la inspiracion de los grandes ideales, no puede tener los conocimientos y la serenidad que se necesitan en actos co-

mo el presente. Mas, confiando en la benevolencia de mi auditorio procuraré desarrollar el tema que me he impuesto.

Señores: ¿Qué es lo mas necesario en la sociedad para que se realice el progreso moral conveniente á la paz de la familia y de la humanidad? La instruccion en la mujer, y la educacion moral en el hombre. Digo la instruccion en la mujer, porque ésta, para desempeñar bien la elevada mision que le está confiada, deberia saber algo de ciencias, algo de historia, mucho de economia y mas de moral.

El conocimiento en las ciencias le serviria de baluarte para no entregarse á lo sobrenatural y supersticioso y poder juzgar con verdadero racionalismo; la historia, le haria conocer las graves consecuencias que resultan de los actos de la mujer cuando se separa del cumplimiento de sus deberes, y veria al mismo tiempo lo que son y lo que producen ciertas instituciones á las que tiene demasiado apego; la economia doméstica, la enseñaria á ser previsora, no avara, que la avaricia es una pasion bastarda al paso que la economia es una virtud; con la moral, conoceria el funesto lazo de las religiones, al paso que la libreria de la esclavitud doméstica; sabria dirigir por si misma su voluntad y su esperanza hácia Dios y á la Verdad. Enseñaria el verdadero racionalismo cristiano á sus hijos, y crearia una familia de hombres y mujeres libres, y no estarian sujetos á las preocupaciones ni á los males de nuestra sociedad actual.

Pero, ¿qué quereis que haga la mujer, si, ya siendo esposa, ya madre, ha de regirse por el instinto y una voluntad viciada como las aves del bosque?

Mirad la mujer de los lugares agricolas especialmente; bien es verdad que vereis en ella los deberes de amante esposa y cariñosa madre; mas, ¡cuánta ignorancia! No sabe contestar conforme á una pregunta; cualquier cosa que no sea de su habitual costumbre la sorprende, todo la maravilla; únicamente sabe esconder todo el grano posible como hace la hormiga. Pero no se fija en lo que hay sobre su cabeza, no observa lo que la naturaleza habla en su alrededor; ignora lo que pasa en la humanidad, no sabe lo que es la sociedad, y solo comprende rudimentariamente alguno que otro de sus derechos y de sus deberes.

¿Qué hombres quereis que vengan de aquellas familias, en que la madre nada sabe, nada conoce de lo que mas deberia saber? ¿Qué tendencias quereis que tengan aquellos seres que han sido educados en el seno de la ignorancia? ¡Ah! lástima causa el decirlo: la preocupacion y la esclavitud serán el patrimonio de aquellos individuos.

Si observamos la mujer en las poblaciones industriales: ¡Con cuánta falta de sentimiento y de lógica se la trata! Cuando ésta puede sostener por lo menos un uso ó puede estar de pié al lado de una máquina, se la lleva á la fábrica, á veces con sentimiento de parte de los autores de sus dias. Puesta allá, trabaja desde las cinco y media de la mañana hasta las siete de la noche, (debiendo distinguirse de estos puntos, aquellos en que se las hace trabajar dos horas mas por dia.) Cuando sale de la fábrica, le aguardan á la que es esposa y madre, las obligaciones domésticas: de manera, que vierte las horas de que puede disponer ocupada en trabajos forzados, en esa obligacion cotidiana; la que es soltera, pasa los meses y los años de su juventud, en este estacionamiento hasta que llega el dia en que un hombre la llama para que sea la fiel compañera de su vida.

Y las facultades intelecto-moral de aquella mujer, ¿quién las cultiva? ¿cómo se procura su instruccion y su emancipacion? ¿no deberian fundarse en estas poblaciones, sociedades protectoras de la mujer, que organizaran escuelas nocturnas, elementales, en donde pudiesen ilustrarse estas hijas del trabajo, en donde aprendieran una moral racional y una economia prudente, para arrojar de si la lepra de un fanatismo supersticioso que lentamente va cebándose en ella y le roba lo mas noble y sagrado de su alma? Seria una obra digna y de gran filantropia el proporcionar elementos de una vasta instruccion á esas niñas, que pasan casi su niñez y su juventud encerradas en las fábricas, en cuyos lugares las buenas costumbres dejan mucho que desear.

Pero nadie piensa en esto. Entre tanto la mujer vive en la ignorancia, y resulta de aqui que la sociedad esté fundada sobre falsos cimientos, porque la que deberia saber mucho no sabe casi nada; y como la mujer es la madre, y por consecuencia la preceptora moral de sus hijos, ésta no puede dar mas de lo que tiene; siéndo el resultado de todos sus trabajos, de sus desvelos y de sus afanes, haber demostrado mucho amor, pero envuelto en la mas crasa ignorancia, ignorancia que es el enemigo mas cruel de la humanidad.

Y ¿que diremos del hombre: con sus periódicos, con sus libros, con sus ateneos, con sus casinos, con sus bibliotecas, con sus academias, con sus cátedras, y con sus parlamentos?

¡Ah! Su educacion moral dista mucho de ser lo que deberia. Hay en general mas instruccion en el hombre que en la mujer, pero hay ménos educacion moral. Si quereis una prueba patente de lo que os digo, entregad una de vuestras hijas en los hermo-

esos días de su juventud, entre el bullicio de la sociedad sin escucharla, y vereis cuanto pronto el hombre, el que debería ser la mas poderosa garantía para la mujer y para su seguridad, la perseguirá y procurará hacerla instrumento de sus ruines pasiones. Y esto, no solamente sucede en nuestro país, que dista mucho de marchar á la cabeza de la civilización moderna, sino que sucede y mucho mas, en las grandes ciudades como Londres, Berlin, Nueva Yorch, Paris, y en todas las populosas ciudades del mundo, las cuales son llamadas por los sábios «el cerebro de la humanidad.»

Muy alto puede decirse que la humanidad necesita una gran reforma moral, y ésta ha de llevarla el Espiritismo. ¿Por qué el hombre á pesar de su instruccion, no respeta á la mujer como debe, considerándole iguales derechos? Porque no sabe de una manera positiva la responsabilidad de cada uno de sus actos, cuando estos se separan del cumplimiento del deber.

El día que la humanidad comprenda y acepte el Espiritismo, realizará una reforma moral y científica en todos los individuos de la gran familia humana. Dicha reforma, influirá de una manera poderosa en el cambio radical de costumbres; cambio que la sociedad necesita á fin de que aparezca el progreso y la paz colectivos, cuya paz no existe ni existirá por ahora, pero que llegará su día, por medio de las evoluciones progresivas.

Los hombres han de convencerse de que, no son el orgullo, el egoismo, la ambicion, el goce de las pasiones, la ignorancia, ni los poderes materiales los que han de constituir la paz colectiva è individual, sino la instruccion, la moralidad, el buen deseo, la práctica del bien y el conocimiento de las leyes que ha revelado el Espiritismo, el que tiene por base á Dios, con todos sus atributos de belleza, de bondad, de poder, de amor, y de grandeza infalibles y perfectos en todo; y la inmortalidad del espíritu, con sus existencias, con su progreso infinito y su felicidad eterna.

No me extenderé mas sobre las ventajas que el Espiritismo ha de reportar á la humanidad. Otros oradores se ocuparán en desarrollar esta tésis; he hablado sobre una de las necesidades mas imperiosas que aqueja á la mujer de la sociedad actual.

Ahora, sólo me resta daros las mas espresivas gracias á todos, por la benevolencia que habeis tenido en escucharme; y antes de concluir, debo tributar un recuerdo de gratitud al recopilador del Espiritismo, al espíritu mas grande de nuestro siglo, al que vino á reproducir y á esplicar las enseñanzas del Cristo, al que añadió á la moral de Jesús las enseñanzas de los espíritus, al que nos dejó una filosofía que abre el camino de la verdad y concluye de una vez con todas las supersticiones y todos los misterios.

¡Gloria á tí, venerable Allan Kardec! Por que nos legastes un tesoro moral que nunca tendrá fin, y fuiste el emisario divino del siglo diez y nueve para llamar primero, á los hombres y mujeres de buena voluntad, y luego á la humanidad entera al seno de Dios, Creador de los mundos y de las humanidades.

HE DICHO.

DISCURSO pronunciado por JOSEFA SAL-LARI, (niña que cuenta 9 años,) en la velada celebrada en el Centro espiritista de Tarrasa por el XIV aniversario de Allan Kardec.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Tributamos esta velada al gran reformador de nuestro siglo, al génio que ha traído progresos mas acabados y que mas luz ha derramado en las inteligencias.

Centenarios se celebran en honor de insignes guerreros, de ilustres filósofos que han sido en los siglos, cuando los pueblos han conocido todo el mérito y heroismo de sus hazañas y de sus obras.

El que nos ocupa, no es aún conocido, las obras por él vertidas, la humanidad las ignora, y sus centenarios aparecerán en lo venidero.

Mas, nosotros, hemos presentido un algo de su fecundante ciencia, y nos adelantamos á tributarle nuestro agradecimiento y nuestro cariño.

¡Oh Kardec! vuestra obra es inmortal, vuestra ciencia se estiende al infinito y los séres venideros os prestarán admiracion.

Poco podrá decirnos este sér infantil que tan pocos abriles cuenta, siendo aún en la lozana primavera de su vida. Sin embargo, en mi cuerpo hay algo de las pasadas generaciones, que en los organismos inocula la atraccion fisica de la naturaleza; y en mi inteligencia se encierra tambien algo de anteriores siglos, que forma parte en las costumbres innatas que en nosotros observamos.

Empiezan hoy á tomar parte entre los oradores, mujeres, jóvenes, dando á comprender que esa mitad del género humano tiene iguales facultades que la otra; derivándose de aquí la imperiosa necesidad de la instruccion en la mujer.

En los venideros tiempos, la simpática y elocuente voz de la mujer, arrebatará los corazones vertiendo en su oratoria el oxígeno de la inspiración. Destruída entonces la corrosiva lepra del funesto fanatismo, la mujer ocupará el lugar que le corresponde y será lo que debe ser.

Entramos en su primera época, se oyen los primeros preludios, y antes de llegar al ocaso de ese día que lleva pintada en su faz la palabra PROGRESO, la humanidad verá realizado este ideal. Para este objeto, nada hay más á propósito que investigar el estudio de esa ciencia profunda que Kardec nos ha legado.

Así como en todos tiempos las inteligencias elevadas se han preocupado del porvenir de la humanidad, diciéndose: ¿Que es la vida? ¿A qué viene el ser inteligente á este mundo? ¿El hombre, á donde va? Kardec, inspirado por el eco divino de mundos infinitos nos ha dicho: ¡ALLÁ!..., ¡MAS ALLÁ!....

Así como Homero ciego, y en ese estado para dar más expansión á su alma, canta en su epopeya los héroes y la vida libre del espíritu; como Sócrates, genio sublime canta en su muerte la inmortalidad del alma y la pluralidad de existencias; Kardec, viendo la corrupción y la decadencia del imperio romano, y como consecuencia, el estertor y agonía de sus cultos, nos presagió la venida de un Enviado, quien con su ley, todo amor, nos enseñó el camino de nuestra felicidad, y quien le sigue no andará en tinieblas, sino de perfección en perfección hacia el foco de luz.

Si; porque el dogma, ese cúmulo de tinieblas, esa fuente de errores, nos desvió de la verdadera senda, del único camino en que la razón y el sentimiento deben marchar de consuno á la solución de todos los problemas sociales.

Tristes y abatidos, sin más guía que la duda, buscábamos á tientas y sin norte la verdad preguntando: ¿A qué venimos? ¿A dónde vamos?

Cuando consideramos nuestra organización social, con tantas desigualdades, morales, físicas y materiales; tantas injusticias, males cruentos, acerbos dolores, inmoralidad, ignorancia, pequeñeces y grandes miserias. ¡Cuadro desgarrador y repugnante del cual queremos apartar la vista confesando así nuestra impotencia para curar tan horrible lepra!.... Si, ¿A qué venimos? ¿Será acaso para confundir nuestras lágrimas con otras tantas lágrimas? ¿Podremos enjugar algunas? ¡Aquí los aparentemente felices, los mimados de la fortuna; aquellos para quienes la vida con sus placeres sonríe: allá los que desde el nacer no conocen más que el padecimiento y las privaciones, agonía lenta que les hace, faltos de esperanza y luz, desear la muerte como fin del dolor!

¿A qué tanto padecer? ¿Serán incompatibles la virtud y riquezas, la moralidad con la salud, la sabiduría con las jerarquías sociales? No. Ese antagonismo no es sino un grado ménos de progreso; no es más que la consecuencia de nuestra ignorancia, de nuestro egoísmo, lo cual constituye el estado de atraso en que vivimos. El remedio lo tiene cada uno consigo mismo, reside en una facultad de nuestra alma: la voluntad y el deseo.

Si no fuese así, ¿cómo pueden conciliarse las miserias humanas con la sabiduría y la justicia del Omnipotente?

Esto sería negar la existencia de Dios.

Pues, el equilibrio social, el alivio á tantos males como pesan sobre la humanidad, la ciencia la verdad y la armonía ha de nacer del Espiritismo, cuya doctrina divulgó Kardec.

HÉ DICHO

LAS RELIGIONES SUCUMBEN Y LA RELIGION SE LEVANTA PARA ABSORBERLAS TODAS.

No seré enojoso encomendándome antes de entrar en materia y como vía de prólogo, á las musas inspiradoras y otra caterva de creaciones fantásticas, que por lo mismo que son producto de rancias preocupaciones, no dicen nada á la sana verdad de nuestra elevada doctrina; pero sí, me siento obligado á mostrar mi insuficiencia en casos como el presente, y por los breves momentos que ocupe la atención de mis hermanos, les pido indulgencia.

Todos aquí conocemos las inapreciables máximas de Jesús; ninguno de entre nosotros será osado á negar los sublimes rasgos de abnegación que recuerda la historia, de aquella ilustre víctima inmolada en aras de su amor por el hombre. La humanidad necesitaba de este sacrificio. El auxilio moral de Jesús era indispensable en aquel entonces. En medio de las tinieblas, era preciso hacer la luz. La presencia de un redentor, era de todo punto necesaria en medio de la caótica confusión que regia los destinos de

— 12 —

aquella desbordada humanidad. La ley del progreso le atrajo á este planeta de expiación y su amor por el bien, hizo espontánea su encarnación entre aquellas gentes desenfrenadas, que habían perdido hasta el más simple conocimiento del deber, de la verdad y del derecho.

Pasemos por alto las indignas vejaciones de que fué objeto aquel magnánimo Señor, rico manantial de amor, reflejo propio de la Divinidad, pues que con ella se identifican los espíritus perfectos, y fijemos nuestra atención en la conducta seguida por sus discípulos, no aquellos primeros que gozaron la dicha de aprender el Evangelio de viva voz del divino maestro, sino ochocientos años más tarde hasta nuestros días, los que han venido sucediéndoles en su alta misión.

Examinemos á la ligera, pues no es esta ocasión propicia para desarrollar un curso de historia, si la moral del Evangelio, el cristianismo, fragmento sublime de la eterna moral del género humano, se nos ha transmitido íntegro y puro, exento de esa vergonzosa mancha con que el aliento impuro del hombre de la tierra empaña el brillo de sus más preciadas joyas. Detengamos algunos momentos nuestro rápido vuelo sobre los puntos negros con que la historia marca los hechos más punibles de los representantes de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, de los que se hacen eco de la palabra de Jesús, de los directores espirituales del mundo cristiano, en una palabra.

Remontémonos á la antigua época de los Desio, Máximo, Valeriano, Galerio y tantos otros como les sucedieron en el Imperio de Roma, y hallaremos que el catolicismo, poco celoso por conservar el brillo de su Evangelio, principia á amoldar sus doctrinas á las inicuas y perversas miras de los tiranos que absorbían el poder; el catolicismo entonces, era ya sabido como doctrina de servidumbre, que prometía someter la tierra, empezando á nombre de Dios, por exigir y por imponer el sacrificio de la razón del hombre. Fué aceptado y adorado por los emperadores romanos, empezando por Constantino, quien creyó ver en el catolicismo, el mejor instrumento de dominio para levantarse sobre la humanidad envilecida. ¡El imperio Romano, la monarquía del mundo, la esclavitud de la tierra! ¡Y todo autorizado por la religión regeneradora!

¿Cómo no había de ser furiosamente católico aquel titán ambicioso de dominio y de gloria?

Hé ahí porque Constantino hizo fuerza en el Concilio de Nicea, para que se promulgase como dogma, la idea de la divinidad de Jesucristo, porque de ese modo la Iglesia se constituía en heredera de la revelación infalible, inventando la infalibilidad de su origen, para constituir la autocracia divina del Emperador y del Pontífice, y entre ambos dividirse y absorberse el imperio de la humanidad.

Hé ahí el secreto, del celo desplegado por los emperadores para convertir por la fuerza y concluir con el paganismo; no sin hacer una vergonzosa fusión, erigiendo en efigies santas algunos de los ídolos é introduciendo gran parte de las formas paganas en las ceremonias cristianas. Solo así, consiguieron aquellos seráficos prelados entrar en participación al botín de la contienda humana y hé ahí explicado el secreto de esa conversión que parece tan repentina, y que no lo fué, sino cuando los bárbaros bautizados á millares, recibían un reino ó una región como premio de su conversión.

Muchos fueron los mártires hasta aquella época sacrificados por los paganos á la fé cristiana, mas regístrese detenidamente la historia y nos horrorizará el número de víctimas causadas por el fanatismo y superstición católica, sobrepujando estos á los primeros en el refinamiento de los tormentos, parto infernal de tan dignos como celosos sectarios.

¡Estos son los que nos brindan con el ramo de olivas! ¡Estos, los que saturados de fé evangélica representan por su mansedumbre, amor y caridad al Mártir del Gólgota! ¡Apóstoles de la impostura! vuestro reinado terminará.

Desde entonces el catolicismo consagra el poder absoluto, escuda con la divinidad la tiranía de los monarcas, bendice el feudalismo, sanciona la servidumbre de las masas humanas, como animales sometidos al dueño de la tierra; y el mismo catolicismo se constituye en aristocracia de obispos, arzobispos, cardenales etc., en monarquía religiosa y en teocracia política; eclipsando á los monarcas y sus más esplendorosas cortes, en lujo y criminalidad.

¡Estos son los pobres de espíritu! ¡Estos los siervos de Dios que depositan sus tesoros de virtud en el cielo y hacen alarde de su pobreza! ¡Estos los que fomentan la propaganda inicua y falsaria del prisionero de Roma y piden una bendita limosna, para el que nada en la opulencia y vive en la sobriedad, cuando debieran pedirla para infinidad de sus hermanos que gimen en la miseria y sin un triste pedazo de pan que poder llevar á su boca! ¡Huid lejos de nosotros y no inficioneis con vuestro aliento impuro la atmósfera que necesitamos respirar!

Mas no concluye aquí. La iglesia daba pueblos, distribuía territorios, sancionaba ó

creaba monarquías, instituía fondos; lanzaba clases contra clases, pueblos contra pueblos, al Occidente contra al Oriente, declaraba guerras, ordenaba matanzas en masa, clamaba por la exterminación de los herejes, ciñendo el puñal y la espada en determinadas ocasiones para prestar su contingente.

¡Y luego se dirán mansos de corazón y que arden en amor por sus semejantes! ¡Cuánta hipocresía!

La Iglesia se atribuye el más falso de los derechos, la más impostora de las atribuciones: el derecho de revelación infalible. Decide, ata y desata, fulminando rayos á discreción, maneja los cielos á su voluntad, esclaviza el pensamiento humano, niega el derecho de la razón en el hombre, declara la guerra más cruenta á la ley del progreso y por último, niega los adelantos de la ciencia poniéndose en pugna con los sábios más ilustres, porque nos demuestran con hechos prácticos y á todas luces verídicos, las mentiras de sus pretendidas revelaciones, la falsedad de sus sagradas escrituras.

Y no me digan que sale triunfante la iglesia de la guerra que le hace la filosofía alegando el hecho absurdo de su existencia, subsistiendo á pesar de los embates de la razón y de los pueblos. No, porque hay en Asia, Africa y América, iglesias más antiguas que la católica y que viven aun con sus adeptos obcecados en la mentira.

No me digan que el catolicismo está victorioso cuando ha perdido su dominio sobre la Rusia, la Escandinavia, la Grecia, la Alemania, la Holanda, la Suiza, la Inglaterra, la Suecia, cuando lo ha perdido en Italia y aun en Roma mismo, donde solo lo sostienen los que á sus espensas viven. El indiferentismo crece de una manera pasmosa entre sus afiliados. ¿Qué victoria es esa, que consiste en perder su poder, su crédito, su imperio? ¿Qué victoria es esa, cuando no pueden ya contestar á la ciencia, nada la rebaten, nada refutan, se hacen sordos á los argumentos y pasan en medio de los resplandores de la razón que la filosofía les arroja, tapándose los ojos, como el avestruz perseguido que esconde la cabeza para no ver el peligro, creyendo de este modo conjurarlo?

He aquí en resúmen un bosquejo del edificante cuadro histórico que la iglesia Católica Romana nos ofrece. En el desarrollo de sus mejores tiempos, en la época de su brillantez, libre de todo elemento que pudiera estorbarla, estuvo en sus manos labrar la felicidad de los pueblos con solo tomar por régimen el Evangelio Cristiano, é inculcarlo puro en las masas populares y todas las clases sociales que manejaba á su voluntad. Mas no lo ha querido, cúmplanse pues los supremos destinos de las religiones caducas que adornadas con una corona de tinieblas, la rabia en el corazón y la maldición en los labios, se precipitan al abismo. Cúmplase también la ley de las sociedades, que amando la inmortalidad de su existencia, se separan de sus iglesias para no ser arrastradas en el derrumbe providencial que las confunde.

Es difícil quemar lo que se ha adorado, bien lo sé; pero hay en ese terror que inspira el adiós á lo espiritual de nuestra conciencia, más bien resistencia imaginaria de las inteligencias tímidas en unos, amor propio empeñado por otros, posición social comprometida por muchos, y á la generalidad falta esfuerzo voluntario para mirar de frente la dificultad y no cerrar los ojos á la luz.

Se imaginan los que resisten á la luz de la razón, que reconocer la falsedad del catolicismo y demás sectas, es hundirse en el caos, destronar á Dios de la inmensidad, matar la inmortalidad, corromper las costumbres. Todo esto es resultado de las falsas instrucciones de los partidarios del oscurantismo, y nada más que para defenderse desde el arruinado baluarte de su impotencia.

Más, ¿cómo llenar el vacío que deje en los espíritus tímidos la desaparición del culto que hoy sustenta su alma? ¿Necesitamos nuevas iglesias, nuevos ídolos? No, pues que para amparar el espíritu humano y desengañarle de las preocupaciones en que ha vivido, se levanta poderosa é inmarcesible la idea del cristianismo primitivo, la fórmula religiosa dictada por Jesús mismo, apoyada y ampliada por los Seres de ultra-tumba.

Si, hermanos míos en doctrina; el Espiritismo viene á reemplazar con merecida ventaja las numerosas y variadas sectas esparcidas en la superficie de la tierra. El, con la lógica de sus doctrinas y con el convencimiento práctico que imprimen sus públicas manifestaciones atrae constantemente á su seno adeptos de todas las religiones. Tiene como ninguna, el poder, la virtud de iluminar todas las conciencias y aun la de aquellos que emancipados de toda secta, niegan la divinidad ó yacen en el más culpable indiferentismo, convirtiéndolos en sus más éntusiastas admiradores. El está llamado á refundir en una sola creencia religiosa, las innumerables que hoy predominan en la inteligencia humana. El hará desaparecer de entre los hombres, la prevención injusta á la diferencia de razas y difundirá el amor fraternal entre todos ellos. Les unirá como un solo ser emanado de un mismo principio y destinado á un fin común. El es en conclusión, el encargado de ayudar al hombre en sus investigaciones y quien presidirá la promulgación de las sábias leyes que deben regirle para su perfeccionamiento moral y

material; y para que nada falte y todo contribuya al colmo de su gloria, el que ha de influir poderosamente á la solución del gran problema social, obra la mas humanitaria y sin ejemplo en los anales de la historia.

Comprendo que no es llegada la hora, ni á nosotros nos está encomendado hacer este supremo esfuerzo; pero coadyuvemos con nuestras escasísimas fuerzas á la propaganda espiritista y nos cabrá la inefable satisfacción de haber cooperado á la obra mas sublime, mas benéfica y la mas trascendental de los siglos.

UN ESPIRITISTA.

Alcoy 31 de Marzo 1883.

A NUESTRO MAESTRO ALLAN KARDEC.

Kardec, hombre inteligente, que vino á la tierra á propagar el Espiritismo.

¿Acaso el Espiritismo no ha existido desde la creación del mundo? Sí.

¿Pues quién lo rechazó? Moisés.

¿Y por qué causa?

Porque la humanidad de aquella época se encontraba en un gran atraso moral é intelectual, incapaces de percibir semejante luz, pero mas tarde encontrándose á otra altura de progreso y capaces de percibir esta luz, vino el apóstol Kardec, y con la ayuda de los espíritus de luz, dió la filosofía racionalista á la humanidad para que los hombres estudiando y analizando encontraran las relaciones del mundo visible con el invisible, y los deberes que tienen que cumplir.

¿Y sabéis cual es uno de los deberes?

Instruir á vuestros hijos; porque sabedlo: los niños de hoy, son los hombres de mañana, y si los criáis fanáticos é ignorantes ¿como vais á renovar la Sociedad?

Cuando el labrador echa la semilla en tierra y esta sale entre piedras no produce fruto; pues lo mismo son los hombres fanáticos é ignorantes, piedras improductivas porque el fanatismo y la ignorancia es la fuente de todos los vicios.

¡Adelante hermanos! A trabajar en bien de la humanidad, y guerra á nuestros vicios que este es el mejor modo de conmemorar la memoria de aquel hombre que hoy hace 14 años dejó la envoltura material.

GONZALO TUR.

Alcoy 31 Marzo de 1883.

(Niño que hoy cuenta diez años).

Con muchísimo retraso hemos recibido una carta de una jóven, la cual nos dice que en *La Luz del Porvenir*, ha encontrado la luz de la verdad; que robando horas al sueño, todas las noches se dedica un rato á escribir, y nos envia un articulito que insertamos á continuación, no por su mérito literario, sino porque nosotros atendemos á todos aquellos que por si solos, se educan y se instruyen.

Esas almas sedientas de adelanto, nos inspiran profunda simpatía; y las alentamos siempre á que prosigan su noble trabajo. De igual manera comenzamos nosotros; mujeres ávidas de progreso necesita la civilización actual, y para ellas son las columnas de *La Luz del Porvenir*.

¡LA VERDAD!

¡Cuán bella es la naturaleza! sus grandes y misteriosos atractivos nos hace pensar en un más allá que todos calificamos de distinto modo.

Para los materialistas, lo más grande, lo más sublime, es *nada*. Para el que está poseído de sentimiento lo más insignificante, es *todo*.

Para el primero, nada existe. Para el segundo, existe algo superior á todas las cosas.

Contemplad sinó en una mañana de primavera, cuando el sol empieza á estender su cabellera de oro sobre la tierra. Los pajarillos con sus tiernos trinos parecen saludarle. El puro vientecillo que sopla del lado de occidente parece que en su veloz carrera vá á besarle, arrastrando consigo el aroma que le dan las flores no menos agradecidas á los benéficos rayos que las despiertan del sueño que pasaran encubiertas en el negro manto

de la noche. Todo es amor, todo es alegría. Mirad correr las aguas en su estrecho cauce; cristalinas, puras y hermosas cual el verde follage que tapiza las márgenes que sirven de marco al espejo pulido que refracta en su fondo la azulada bóveda, esas masas de purificado airo que alcanzan un color cual si pretendiesen contener las escrutadoras miradas del mundo. ¿Todo esto no os dice nada? Oh! sí, fuerza es que sintais algo dentro de vuestro sér, que os impele á creer; fuerza es que nazca en vuestro pecho una voz que os diga: «Tu mismo te estás engañando, porque crees, porque ves un algo superior á tí.» Pero, digistes un dia que todo era mentira, que eran ilusiones todo, pero ¡ay! tu amor propio no quiere que digas lo que hoy estás sintiendo y te impone no como á una creencia á que debes someterte; pero si como un deber el no revocar lo que un dia llegastes á concebir, al mismo tiempo que comprendias ser un absurdo. ¿Negarás todavía que con mis palabras he llegado á tocar esa fibra sensible de tu corazon que no quiere humillarse? Pues bien, si aun persistes en tu impertérrita frialdad, óyeme: fija tu mirada en cualquiera familia; busca un matrimonio cuyo enlace de amor haya producido bastantes frutos; y dime ¿(porque no se confunde en semejanza)? ¿En qué consiste que sus rostros no se confunden en semejanza? ¿porqué el criterio del uno es superior al del otro? ¿No les enjendró un mismo padre? ¿no les fecundó en sus entrañas una misma madre? El molde que dá forma á un pedazo de barro no reproduce, una, cien, mil veces aquel mismo objeto con tanta exactitud que uno se confunde con todos? Entonces ¿porqué el criterio de aquellos no resulta igual para todos como resulta la reproduccion continua, si se quiere, de aquel molde? ¿porqué sus rostros no se confunden? ¿No ves aquí la mano de este Sér Supremo, superior á todo lo creado? Pero dejemos lo segundo y ocupémonos tan solo del primero.

Esta diferencia tu no puedes negar que dejaria de existir si tan solo aquellos cuerpos, (aun siendo imposible) fueren solamente materia.

El hombre, al nacer recibe un espíritu que no puede confundirse con aquella, pero que es tan íntima la relacion que guarda la una con la otra, que á la separacion del espíritu como que la materia es nada, no puede existir, no puede tener vida, y muere. Si, muere, porque como un árbol ha de menester de la sávia para no secarse, así el cuerpo ha de menester del espíritu para conservar su animacion.

El Espíritu, al encarnarse necesita de exterioridades que lleguen á él, por medio de eflúvios combinados, de la materia.

Por esto al perder una de estas, al inutilizarse alguna de las partes orgánicas, le vemos paralizado acerca de la corriente que le trasmitia aquel sentido. Como quiera que esté encerrado entre la materia, necesita precisamente de ellas para comprender, para ver, así como á esta le es indispensable el Espíritu para no quedar en un estado de inaccion que se llama muerte.

No es el cuerpo quien sufre su achaque, toda vez que, como dejo indicado, este no es más que una máquina que reconcentrándose todas sus partes en un solo punto, que es el Espíritu, solo sufre este aquella paralizacion que se observa en la materia «nada» y en este caso la sangre ú otro órgano cualquiera es el conductor eléctrico que llega hasta él haciéndole sentir los dolores que le ocasiona aquello que le llamamos *mal* y que malogra cualquiera de sus sentidos ó consortes.

Además ¿cómo es posible que la materia obre por si sola? ¿Cómo es posible repito que este cuerpo no lleve en sí un Espíritu?

Entonces la ambicion traspasando sus límites queria enriquecerse á todo trance. Los escándalos se repetirían á todas horas y apenas si se encontraria un sér que esparciese el bien en la tierra ó no procurase dar pábulo á la ambicion. Los crímenes que con todo y ser crímenes no puede castigar la justicia humana porque llevan en sí una farsa que no puede desmentirse, quedarian impunes. No, imposible, es preciso que haya algo que sobre excita á la materia; es preciso que exista el Espíritu. Este al separarse del cuerpo puebla los espacios hasta que viene á ser destinado en hacer su nueva encarnacion purgando así las faltas que cometiera anteriormente. Solo así guardar analogía puede el castigo ó la falta y de una en otra encarnacion lograr el perdon merecido á costa de sacrificios, desvelos y abstinencias en un amargo existir.

Volved la vista á los primeros siglos y no podreis menos de ver que cada generacion estirpó un pedazo del túpido velo que les privaba de ver la luz de la verdad confundiéndoles en el caos de la ignorancia, enemigo el mas terrible del progreso. En el Espiritismo se encuentra la verdad, en él se encuentra el consuelo, él es quien está destinado á despertar del error en que vive la sociedad iluminando su entendimiento con la luz de la razon. Ella es la que con la antorcha del progreso en una mano y la palma de la paz en la otra despertará á los pueblos del profundo letargo para enseñarles el camino del porvenir.

J. GARRIGA.

Barcelona 25 de Enero de 1883